

Opciones del ENEC: PRESENCIA Y DESPEGUE

*Cuando uno solo sueña
es un sueño, una fantasía, una ilusión;
pero cuando varios, muchos, soñamos juntos,
es ya una esperanza, una hermosa utopía.*
Mons. Helder Cámara

MARÍA C. CAMPISTROUS
Santiago de Cuba

Una inquieta-quietud, como de templo, me recorre por dentro. La reflexión a que me invitan las palabras de Dom Helder quiere tomar su cauce en las rías del ENEC. Sus aguas profundas van a la mar que nos incita a remar hacia dentro —*duc in altum*—, sin suspirar ni olvidar los escollos, pero siempre con proa al futuro, a la esperanza que construye, de cara a la utopía.

Cuando oigo hablar de las “miserias” de la Iglesia cubana en décadas pasadas, de lo riesgoso y quimérico de practicar la fe viviendo en un país de *pensamiento oficial* ateo y discriminación abierta y dura hacia los creyentes sin máscaras, el pensar se me vuela al ENEC, *movición del Espíritu* que nos mostró una Iglesia viva, militante, abierta al *soplo* y encarnada en los gozos y esperanzas, tristezas y angustias de nuestro pueblo.

Y así, claramente, toman vida en mi interior los tres calificativos que nuestra Iglesia empleó, hace veinte años, para resumir su acción y a la vez expresar su sueño: los rasgos que debían identificarnos como católicos cubanos: ser Iglesia orante, encarnada y misionera. ¿Analizar si lo somos? ¿Pensar si lo fuimos? Creo que la reflexión ha de ser mucho más profunda y no pasa por una burda comparación de tiempos que

encarnan épocas muy diferentes, lo cual no implica que el lograrlo no sea ya nuestro reto, antes por el contrario, ésa es precisamente la utopía que todos juntos hemos de hacer realidad.

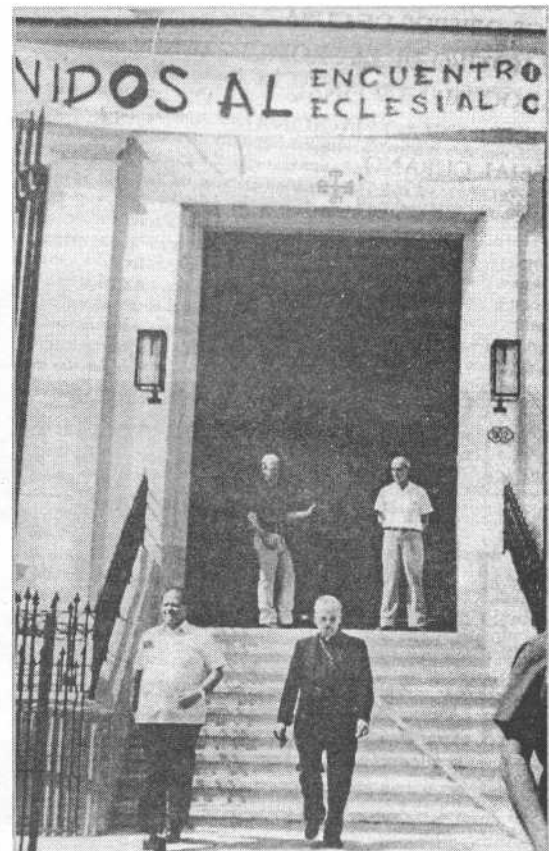
La hondura de estas opciones depende del concepto que de ellas tengamos, vivirlas es una gracia.

Vuelvo a la Historia de los tiempos idos, pero grabados tan en lo íntimo, que se sienten a flor de carne. Y me digo: ¿Pastoral de conservación? ¿Kerigma del silencio!

A la luz de los signos de los tiempos aquellos, la Iglesia cubana —unida, orante, serena— vivía sus opciones encarnada en *su* realidad social, sin escudarse en la fe para eludir sus deberes patrios ni tomando a la Patria como pretexto para no vivir la coherencia de la fe. La encarnación era vivir al compás que lo hacía nuestro pueblo testimoniando con su presencia en los ambientes: una “espiritualidad encarnada en la historia”, nunca de espaldas a ella. Y entonces me pregunto: ¿No es

la espiritualidad un talante de vida que nos lleva a ser *alter ego* de Cristo? ¿No es la evangelización dar a conocer a Jesucristo? ¿Puede gozar una espiritualidad encarnada quien no ore la vida misma?

A poco que reflexiono me doy cuenta que ese “pequeño resto de





Yahvé”, a quien el Señor mismo había regalado una unidad maravillosa y una acendrada identidad que le permitía encarnarse sin perderse, ya, desde la vivencia de la fe proclamaba —en silencio— la Palabra; porque oraba la vida haciendo de sus problemas e incomprendiones, motivo de oración. Por eso pienso que, a la manera de la época, había presencia, consciente y profunda, de esas opciones que hoy día nos cuestionan, y su despegue cuestión del viento del Espíritu que sopla donde quiere.

Han transcurrido los años y como toda sociedad que vive, la cubana ha cambiado, en transición que ya no es época de cambio sino cambio *epocal*, y el vivir encarnado y misionero tiene ahora una connotación diferente. Nuestra Iglesia ha crecido, a Dios gracias, pero ese crecer la ha visto perder identidad y compromiso, quizá porque no hemos sabido dar a la Cruz el lugar exigido por la radicalidad del seguimiento de Jesús, olvidando, además, lo expresado en el ENEC: *La Iglesia Católica en Cuba ha hecho una clara opción... por mantener una doble y exigente fidelidad: a la Iglesia y a la Patria* (n. 129).

No vacilamos al decir que la Iglesia es hoy misionera como nunca antes, y cierto es que en el tocar casa por casa, en la misión *ad gentes*, no nos aventaja tiempo alguno, mas, ¿no estaremos olvidando algunos campos ineludibles de la misión? Proclamamos nuestro empeño de ser Iglesia orante, y me cuestiono a veces si acaso no confundimos rezadora con orante, porque la acción jamás puede sustituir a la oración. Pero si algo me inquieta, es lo referente a la encarnación; los tiempos actuales nos llevan a veces al pietismo que se sustrae de la realidad y olvida el compromiso, o al acomodo que desoye la voz del Señor cuando pregunta por el hermano (cf. Gn 4, 9).

Y es que la Iglesia, para ser sacramento de Cristo, ha de vivir encarnada, de cara a la historia que construye el pueblo y junto a él: esta es la exigencia primera de la “Ley de la Encarnación”. Cuando el pueblo sufre como el pobre Lázaro, la Iglesia no puede ser el rico Epulón ni mirar desde otro plano sus *sentires*.

La andadura evangélica es fiel al clamor de las gentes. Los consagrados hacen de la pobreza una opción

para seguir a Cristo asemejándose a él; pero su vida no puede ir por un lado y la realidad por otro.

El laico “comprometido” no es el que va mucho al templo y sale a “misionar”, sino quien sabe dar respuesta cristiana a la vida desde la vida misma, siendo buen estudiante, buen trabajador, buen vecino, padre al estilo del Padre, amigo como el Amigo fiel, lo cual ya no es tan sencillo ni tan fácil pues requiere: un cambio de actitudes, una visión del futuro preñada de esperanza, capacidad de sacrificio y entrega, y sin duda, ayuda y formación humana y espiritual para poder ser *sujetos* de la puesta en práctica de la Doctrina Social de la Iglesia. Así entiendo yo la encarnación.

Al expresar mi sentir, no lo hago con ánimo pesimista ni desalentador, antes al contrario, reconozco los llantos y los cantos de mi Iglesia cuando siembra y cosecha, sé de su caminar contracorriente, su valor y su entrega. Pero el sentir sincero no ha de quedarse en la loa, ha de ir también a la crítica que construyendo hace comunidad. Y aún nos queda mucho por aprender del ENEC y es largo el camino para hacer realidad las opciones que juntos soñamos vivenciar.

Tal vez nuestra Iglesia, frágil barca de Pedro surcando marejadas de fuera y de dentro, no ha sabido vivir siempre su sueño “eneciano”, pero quiere cantar al Señor con Casaldáliga: *Siempre esperé tu paz. No te he negado, aunque negué el amor de muchos modos y zozobré teniéndote a mi lado. No pagaré mis deudas; no me cobres. Si no he sabido hallarte siempre en todos, nunca dejé de amarte en los más pobres.*

Como cubana, siento el orgullo de pertenencia a una Iglesia que halló en su fundador la fuerza en su debilidad. A Él le pido que nos ayude a ser una Iglesia pobre que *vive* la experiencia de su amor en el servicio a los más necesitados de su pueblo. Sólo así seremos comunidad ENCARNADA, ORANTE y MISIONERA que, como dijera Pedro de Jesús (cf. Hch 10, 38), *pasa haciendo el bien.*—